

“¿LA DAMA O EL TIGRE?”

Por Frank R. Stockton

En tiempos muy antiguos vivía un rey semibárbaro, cuyas ideas, aunque algo pulidas y agudizadas por el progresismo de los lejanos vecinos latinos, eran todavía grandes, floridas y desenfrenadas, como correspondía a la mitad de él que era bárbara. Era un hombre de exuberante fantasía y, además, de una autoridad tan irresistible que, a su voluntad, convertía sus variadas fantasías en hechos. Era muy dado a la autocomunicación, y, cuando él y él mismo se ponían de acuerdo en algo, la cosa se hacía. Cuando todos los miembros de su sistema nacional y político se movían suavemente en su curso designado, su naturaleza era suave y genial; pero, cuando había un pequeño inconveniente, y algunos de sus orbes se salían de sus órbitas, era más suave y genial aún, porque nada le complacía tanto como hacer que lo torcido se enderezara y aplastar los lugares desiguales.

Entre las nociones prestadas por las que su barbarismo se había semificado estaba la de la arena pública, en la que, mediante exhibiciones de valor varonil y bestial, se refinaban y cultivaban las mentes de sus súbditos.

Pero incluso aquí se impuso la fantasía exuberante y bárbara. La arena del rey se construyó, no para dar al pueblo la oportunidad de escuchar las rapsodias de los gladiadores moribundos, ni para permitirle ver la inevitable conclusión de un conflicto entre opiniones religiosas y mandíbulas hambrientas, sino con fines mucho más adecuados para ampliar y desarrollar las energías mentales del pueblo. Este vasto anfiteatro, con sus galerías circundantes, sus bóvedas misteriosas y sus pasajes secretos, era un agente de la justicia poética, en el que el crimen era castigado, o la virtud recompensada, por los decretos de un azar imparcial e incorruptible.

Cuando se acusaba a un súbdito de un delito lo suficientemente importante como para interesar al rey, se avisaba públicamente de que en un día determinado se decidiría la suerte del acusado en la arena del rey, una estructura que bien merecía su nombre, ya que, aunque su forma y su plan se tomaban prestados de lejos, su propósito emanaba únicamente del cerebro de este hombre, que, todo grano de cebada de rey, no conocía ninguna tradición a la que debiera más lealtad que la que le complacía, y que injertaba en cada forma adoptada de pensamiento y acción humanos el rico crecimiento de su idealismo bárbaro.

Cuando todo el pueblo se reunía en las galerías, y el rey, rodeado de su corte, se sentaba en lo alto de su trono de estado real en un lado de la arena, daba una señal, se abría una puerta debajo de él y el sujeto acusado salía al anfiteatro. Justo enfrente de él, al otro lado del espacio cerrado, había dos puertas, exactamente iguales, una al lado de la otra. Era el deber y el privilegio de la persona juzgada caminar directamente hacia estas puertas y abrir una de ellas. Podía abrir cualquiera de las puertas que quisiera; no estaba sujeto a ninguna guía o influencia

más que la del antes mencionado azar imparcial e incorruptible. Si abría la uno, salía de él un tigre hambriento, el más feroz y cruel que se podía procurar, que inmediatamente saltaba sobre él y lo despedazaba como castigo por su culpa. En el momento en que se decidía el caso del criminal, se tocaban las campanas lúgubres de hierro, se escuchaban grandes lamentos de los dolientes contratados que se encontraban en el borde exterior de la arena, y el vasto público, con las cabezas inclinadas y los corazones abatidos, emprendía lentamente su camino de regreso a casa, lamentando enormemente que alguien tan joven y hermoso, o tan viejo y respetado, hubiera merecido un destino tan terrible.

Pero, si el acusado abría la otra puerta, salía de ella una dama, la más adecuada a sus años y a su posición que su majestad podía seleccionar entre sus bellas súbditas, y con esta dama era inmediatamente casado, como premio a su inocencia. No importaba que ya poseyera una esposa y una familia, o que sus afectos estuvieran comprometidos con un objeto de su propia elección; el rey no permitía que tales arreglos subordinados interfirieran con su gran esquema de retribución y recompensa. Los ejercicios, como en el otro caso, tenían lugar inmediatamente, y en la arena. Otra puerta se abría bajo el rey, y un sacerdote, seguido por una banda de coristas, y doncellas danzantes que soplaban alegres cornetas doradas y pisaban un compás epitalamio, avanzaba hasta donde estaba la pareja, uno al lado del otro, y la boda se solemnizaba pronta y alegremente. Entonces, las alegres campanas de bronce hacían sonar sus alegres repiques, la gente gritaba alegres hurras, y el inocente hombre, precedido por niños que esparcían flores en su camino, conducía a su novia a su casa.

Este era el método semibárbaro del rey para administrar justicia. Su perfecta equidad es evidente. El criminal no podía saber por qué puerta saldría la dama; abría cualquiera de ellas a su antojo, sin tener la menor idea de si, en el instante siguiente, iba a ser devorado o matrimoniado. En algunas ocasiones el tigre salía por una puerta y en otras por la otra. Las decisiones de este tribunal no solo eran justas, sino que eran positivamente determinantes: el acusado era castigado al instante si se declaraba culpable, y, si era inocente, era recompensado en el acto, le gustara o no. No se podía escapar de los juicios de la arena del rey.

La institución era muy popular. Cuando el pueblo se reunía en uno de los grandes días de prueba, nunca sabía si iba a ser testigo de una sangrienta matanza o de una divertidísima boda. Este elemento de incertidumbre daba un interés a la ocasión que no podría haber alcanzado de otro modo. De este modo, las masas estaban entretenidas y complacidas, y la parte pensante de la comunidad no podía presentar ninguna acusación de injusticia contra este plan, pues ¿no tenía el acusado todo el asunto en sus manos?

Este rey semibárbaro tenía una hija tan floreciente como sus más floridas fantasías, y con un alma tan ferviente e imperiosa como la suya. Como es habitual en estos casos, ella era la niña de sus ojos, y era amada por él por encima de toda la humanidad. Entre sus cortesanos se encontraba un joven de esa finura de sangre y baja condición que es común a los héroes

convencionales del romance que aman a las doncellas reales. Esta doncella real estaba bien satisfecha con su amante, pues era guapo y valiente en un grado insuperable en todo este reino, y lo amaba con un ardor que tenía suficiente de barbarismo para hacerlo sumamente cálido y fuerte. Esta relación amorosa se desarrolló felizmente durante muchos meses, hasta que un día el rey descubrió por casualidad su existencia. No dudó ni vaciló en cuanto a su deber en la premisa. El joven fue inmediatamente encarcelado, y se fijó un día para su juicio en la arena del rey. Esta, por supuesto, era una ocasión especialmente importante, y su majestad, al igual que todo el pueblo, estaba muy interesado en el funcionamiento y desarrollo de este juicio. Nunca antes se había dado un caso así; nunca antes un súbdito se había atrevido a amar a la hija del rey. Con el paso de los años, este tipo de cosas se convirtieron en algo bastante común, pero entonces no dejaban de ser novedosas y sorprendentes.

En las jaulas de los tigres del reino se buscaban las bestias más salvajes e implacables, de entre las cuales se podía seleccionar el monstruo más feroz para la arena; y las filas de la juventud y la belleza de las doncellas de todo el país eran examinadas cuidadosamente por jueces competentes para que el joven pudiera tener una novia adecuada en caso de que el destino no le determinara otra cosa. Por supuesto, todo el mundo sabía que el hecho que se le imputaba al acusado había sido cometido. Él había amado a la princesa, y ni él, ni ella, ni nadie más, pensaba negar el hecho; pero el rey no pensaría en permitir que ningún hecho de este tipo interfiriera en el funcionamiento del tribunal, en el que se deleitaba y satisfacía tanto. Independientemente de cómo resultara el asunto, se eliminaría al joven y el rey sentiría un placer estético al observar el curso de los acontecimientos, que determinarían si el joven había hecho mal al permitirse amar a la princesa.

Llegó el día señalado. De lejos y de cerca, la gente se reunía y se agolpaba en las grandes galerías de la arena, y las multitudes, sin poder entrar, se amontonaban contra sus muros exteriores. El rey y su corte estaban en sus lugares, frente a las puertas gemelas, esos portales fatídicos, tan terribles en su similitud.

Todo estaba listo. Se daba la señal. Una puerta debajo del cortejo real se abría, y el amante de la princesa entraba a la arena. Alto, hermoso, justo, su aparición era recibida con un murmullo de admiración y ansiedad. La mitad del público no sabía que un joven tan grandioso vivía entre ellos. ¡No es de extrañar que la princesa lo amara! ¡Qué cosa tan terrible para él estar allí!

Cuando el joven avanzaba hacia la arena, dio la vuelta, como era costumbre, para hacer una reverencia al rey, pero no pensaba en absoluto en ese personaje real. Sus ojos se fijaron en la princesa, que estaba sentada a la derecha de su padre. Si no hubiera sido por la porción de barbarismo de su naturaleza, es probable que la dama no hubiera estado allí, pero su alma intensa y ferviente no le permitía estar ausente en una ocasión en la que estaba tan terriblemente interesada. Desde el momento en que se decretó que su amante debía decidir su destino en la arena del rey, no había pensado en nada, ni de noche ni de día, sino en este gran

acontecimiento y en los diversos temas relacionados con él. Poseedora de más poder, influencia y fuerza de carácter que cualquier otra persona que se hubiera interesado antes en un caso semejante, había hecho lo que ninguna otra persona había hecho, es decir, se había apoderado del secreto de las puertas. Sabía en cuál de los dos cuartos, que se encontraban detrás de aquellas puertas, se encontraba la jaula del tigre, con su frente abierto, y en sugerencia debía llegar desde dentro a la persona que se acercara a levantar el pestillo de una de ellas. Pero el oro, y el poder de la voluntad de una mujer, habían llevado el secreto a la princesa.

Y no solo sabía en qué cuarto estaba la dama lista para emerger, toda ruborizada y radiante, si se abría su puerta, sino que sabía quién era la dama. Era una de las más bellas y encantadoras damiselas de la corte la que había sido seleccionada como recompensa del joven acusado, en caso de que se demostrara que era inocente del delito de aspirar a alguien tan superior a él; y la princesa la odiaba.

A menudo había visto, o imaginado que había visto, a esta bella criatura lanzando miradas de admiración sobre su amante, y a veces creía que estas miradas eran percibidas, e incluso correspondidas. De vez en cuando los había visto hablar juntos; no era más que un momento o dos, pero se puede hablar mucho en un espacio breve; puede que fuera sobre temas muy poco importantes, pero ¿cómo podía saberlo? La muchacha era encantadora, pero se había atrevido a levantar la mirada hacia el amado de la princesa; y, con toda la intensidad de la sangre salvaje que le había sido transmitida a través de largas líneas de ancestros totalmente bárbaros, odiaba a la mujer que se sonrojaba y temblaba detrás de aquella puerta silenciosa.

Cuando su amante se volvió y la miró, y sus ojos se encontraron con los de ella, allí sentada, más pálida y blanca que cualquier otra persona en el vasto océano de rostros ansiosos que la rodeaban, vio, por ese poder de rápida percepción que se da a aquellos cuyas almas son una sola, que ella sabía detrás de qué puerta se agazapaba el tigre, y detrás de cuál estaba la dama. Él esperaba que ella lo supiera. Comprendía su naturaleza, y su alma estaba segura de que ella no descansaría hasta haber aclarado para sí misma esta cosa, oculta para todos los demás mirones, incluso para el rey. La única esperanza para el joven en la que había algún elemento de certeza se basaba en el éxito de la princesa en el descubrimiento de este misterio; y en el momento en que la miró, vio que había tenido éxito, como en su alma sabía que lo tendría.

Entonces fue cuando su rápida y ansiosa mirada hizo la pregunta: “¿Cuál?” Era tan claro para ella como si lo gritara desde su posición. No había un instante que perder. La pregunta se hizo en un instante; debía responderse en otro.

Su brazo derecho estaba apoyado en el parapeto acolchado que tenía delante. Levantó la mano e hizo un ligero y rápido movimiento hacia la derecha. Nadie más que su amante la vio. Todos los ojos, excepto los suyos, estaban fijos en el hombre de la arena.

Se giró y, con paso firme y rápido, atravesó el espacio vacío. Todos los corazones dejaron de latir, todas las respiraciones se contuvieron, todos los ojos se fijaron inmóviles en aquel hombre. Sin dudar lo más mínimo, se dirigió a la puerta de la derecha y la abrió.

Ahora, el punto de la historia es este: ¿Salió el tigre de esa puerta, o lo hizo la dama?

Cuanto más reflexionamos sobre esta pregunta, más difícil es responderla. Se trata de un estudio del corazón humano que nos conduce por tortuosos laberintos de pasión, de los que es difícil encontrar el camino. Piénselo, querido lector, no como si la decisión de la cuestión dependiera de usted, sino de esa princesa de sangre caliente y semibárbara, con el alma al rojo vivo bajo el fuego combinado de la desesperación y los celos. Ella lo había perdido, pero ¿quién debería tenerlo?

¡Cuántas veces, en sus horas de vigilia y en sus sueños, se había sobresaltado con un horror salvaje, y se había cubierto la cara con las manos al pensar que su amante abría la puerta al otro lado de la cual esperaban los crueles colmillos del tigre!

Pero ¡cuántas veces lo había visto en la otra puerta! ¡Cómo en sus penosos ensueños había rechinado los dientes y se había rasgado los cabellos, cuando vio su sobresalto de arrobamiento al abrir la puerta de la dama! ¡Cómo había ardido su alma en la agonía cuando le veía correr al encuentro de aquella mujer, con su mejilla sonrosada y sus ojos brillantes de triunfo; cuando lo había visto conducirla, con todo su cuerpo encendido por la alegría de la vida recobrada; cuando oía los gritos de alegría de la multitud, y el salvaje repique de las alegres campanas; cuando veía al sacerdote, con sus alegres seguidores, avanzar hacia la pareja, y convertirlos en marido y mujer ante sus propios ojos; y cuando los veía alejarse juntos por su camino de flores, seguidos por los tremendos gritos de la hilarante multitud, en los que su único grito desesperado se perdía y se ahogaba!

¿No sería mejor para él morir de una vez, e ir a esperarla en las benditas regiones del futuro semibárbaro?

Y sin embargo, ¡ese horrible tigre, esos gritos, esa sangre!

Su decisión se había indicado en un instante, pero se había tomado tras días y noches de angustiosa deliberación. Había sabido que le iban a preguntar, había decidido lo que iba a responder y, sin la menor duda, había movido la mano hacia la derecha.

La cuestión de su decisión no debe considerarse a la ligera, y no soy yo quien pretende erigirse en la única persona capaz de responderla. Y así lo dejo con todos ustedes: ¿Qué salió de la puerta abierta, la dama o el tigre?

Fuente: Stockton, F.R. (1882). ¿La dama o el tigre? Proyecto Gutenberg. <http://gutenberg.org/cache/epub/396/pg396-images.html>